

Prólogo

La aventura de la Modernidad fue sin duda una singladura que la humanidad hubo de recorrer. De hecho, basta ver la enorme diferencia entre el mundo cristiano-occidental que la vivió y los mundos geográfico-culturales que no la experimentaron. Los hijos de la Modernidad sabemos mejor lo que es pensar por cuenta propia, ejercer el espíritu crítico para discernir lo verdadero de lo dominante, creer en algo porque lo vemos razonable y no solo heredado. Sin embargo, el precio por ese cambio cultural nos tiene aún hipotecados, pues nos dejamos deslumbrar por ese oro vendiendo prácticamente nuestras almas para comprarlo.

Ni siquiera el apogeo intelectual (todavía hoy poco conocido) de la Baja Edad Media y del Renacimiento había bastado para corregir las irreflexivas inercias sociales de entonces y para encauzar los cambios culturales o el nuevo pensamiento científico que ya se estaba abriendo paso. Era necesario repensar

a fondo el entero mundo tanto natural como humano y divino, acceder a un nuevo plano de sabiduría. Y efectivamente esfuerzos no faltaron, pero no se hicieron con la audacia, la profundidad ni la amplitud que la situación requería. El mundo intelectual de muchas universidades no llegó a penetrar y transformar la vida social y política. El humanismo renacentista se quedó corto al cercenar la trascendencia. La filosofía se atemorizó cautelosa ante las ciencias y ante la posibilidad de volver a sumirse en interminables disputas. Y la teología no supo aprovechar su fecundo y secular caudal ni las intuiciones de los místicos tanto renanos como, más tarde, los castellanos.

No se podía vivir más de las rentas ni de la inercia en un vertiginoso mundo cambiante que pedía a gritos sentido y dirección. Y se forjó precipitada y arrebatadamente un proyecto con lo que había más a mano: una razón calculadora y una voluntad poseída de protagonismo, impulsadas por el ideal casi mesiánico del progreso hacia un mundo mejor. Cuanto más se anhelaba ese fin, más atrás se quería dejar un mundo denostado. Pero la embriaguez de semejante carrera ocultó serias contradicciones en ella larvadas, que en la llamada posmodernidad han aflorado virulentamente.

Y es que la posmodernidad no ha devenido tanto una crítica a la modernidad, cuanto una modernidad desenmascarada y llevada hasta el final. Su supuesta

renuncia y crítica a la razón moderna no es sino reconocer que esta era en el fondo una razón vacía y burócrata, de la que tampoco se quiere prescindir para no desembocar en el caos más absoluto. El voluntarismo y el emotivismo posmodernos son en realidad el mismo motor de la Modernidad ahora al desnudo. Y el nihilismo característico de la posmodernidad es el vacío inevitablemente producido por la fermentación de la levadura del espíritu moderno, el resultado de haber dejado atrás tantos contenidos que se declararon antiguallas, la ausencia de frutos en un árbol al que se le cortaron las raíces. Y es ahora cuando aquellas contradicciones, paradojas o ambigüedades, entrañadas en la Modernidad se manifiestan en toda su crudeza y reclaman soluciones inaplazables: pensemos en la ausencia e imposibilidad de diálogo racional en dilemas morales, en las irresueltas injusticias sociales y económicas, en las heridas que desgarran sociedades, familias e individuos. Urge de nuevo pensar, repensar y, en cierto sentido, recomenzar.

Alasdair MacIntyre ha sido uno de los pocos gigantes que se han enfrentado intelectual, radical y valientemente a la Modernidad de manera original, global y capaz de ofrecer una alternativa. Como no podía ser de otra manera, esta alternativa pasa por ampliar la idea de razón y recuperar la centralidad de la persona humana, al igual que otros movimientos que reaccionan cuestionando el proyecto de la Mo-

dernidad (como el personalismo, la fenomenología o el pragmatismo). Pero la originalidad y la fuerza de la propuesta de MacIntyre reside, en mi opinión, en un realismo y una sencillez que le prestan una coherencia vital muy necesaria hoy. Todo lo cual se refleja magníficamente en el presente libro.

En este estudio se ve bien cómo MacIntyre acierta en un agudo diagnóstico de las paradojas actuales (especialmente en el ámbito de la ética) y de sus raíces modernas, particularmente de la perniciosa matriz del individualismo. Y el remedio ofrecido por este filósofo británico no puede ser más convincente: desenmascarar no solo el carácter disolvente del individualismo, sino su palmaria falsedad. Con un sentido común innegable y con la experiencia de haber vivido en primera persona diversas filosofías (desde el marxismo al tomismo), MacIntyre señala que la persona humana real vive de hecho según una racionalidad más amplia que la universal y abstracta típica de la Modernidad: más amplia en el tiempo, con el carácter práctico y narrativo definido por su historia o tradición y sus proyectos o ideales; y más amplia en el espacio o entorno, gracias al entramado comunitario o social de la persona concreta.

MacIntyre ha terminado por revelarse como un filósofo central en la actualidad. Su apertura para acoger la verdad donde quiera que se encuentre, su realismo avalado por la propia experiencia, su valen-

tía para llamar a las cosas por su nombre e iluminarlas en su verdadera seriedad, y su inusual clarividencia para detectar claves para resolver a un tiempo diversos y graves problemas, hacen de él un pensador indispensable para comprender dónde y, sobre todo, por qué estamos donde estamos. Sin embargo, el empeño de MacIntyre por huir de la obsesión sistemática moderna tiene como consecuencia que no sea un autor fácil de comprender globalmente con un solo golpe de vista.

Y esto es precisamente lo que dota a este libro de una valía clave, pues su claro discurso y sus referencias bibliográficas (con el apéndice final, de un valor único y de una utilidad inestimable) constituyen una llave de entrada y de interpretación al mundo intelectual de MacIntyre. De manera que las páginas que siguen serán, sin duda, estímulo tanto para leer directamente las obras del británico, como para profundizar en el diagnóstico de la Modernidad y buscar la hoy tan necesaria reorientación. En no menor medida, libros como este nos recuerdan además el talento de las personas que se hallan tras grandes obras y enseñanzas filosóficas. Si vital es no olvidar ideas, igualmente o más es mantener vivo ese talante característico de un auténtico y equilibrado intelectual: a la vez penetrante y abierto, sereno y audaz.

Sergio Sánchez-Migallón